IN MEMORIAM

En la mayoría de ocasiones, los humanos pensamos que las desgracias solo les pasan a otras personas, que nunca nos afectarán. A lo mejor es por el mero hecho de que esto nos permite sentirnos invulnerables y disfrutar de la vida sin pensar que todo puede acabar en un solo instante. Pero para las personas que ya han sufrido el dolor, la pérdida, ese pensamiento les persigue toda la vida.

El estridente sonido del despertador me sacó del plácido sueño en el que me encontraba. Imágenes de mundos de fantasía donde podías ser el héroe del reino llenaban siempre mis sueños. Por desgracia, en la realidad, sólo era el salvador para mi madre. Me desperté y salí de la cama. Por la ventana entraba un cálido rayo de luz que iluminaba parcialmente mi habitación, decorada con pósteres de jugadores de fútbol. Abrí la puerta de la habitación y el olor a chocolate caliente, café y tostadas que inundaba el pasillo acabó por despertarme del todo. Como siempre, mi madre se había despertado pronto para hacerme el desayuno antes de irse a trabajar.

- Buenos días cariño. ¿Cómo has dormido? - me dijo con voz dulce mientras terminaba de colocar el desayuno en la mesa.

- Buenos días. Poco pero bien. ¡Qué bien huele! - respondí con voz adormilada.

- ¿Cómo se presenta el día?- me preguntó con una sonrisa.

Antes de que pudiese responder, mi padre entró en la cocina:

-Buenos días, campeón. Gracias, Amelia.- mi padre me removió el pelo con la mano a la vez que mi madre le tendía un café. - Lo siento mucho, pero me tengo que ir, que hoy me espera una importante reunión con unos proveedores. - se despidió mientras acababa de tomarse el café. Cogió su maletín, me hizo un gesto con la mano, besó a mi madre y se fue por la puerta, como un vendaval que remueve todo al pasar.

Mi madre y yo nos terminamos el desayuno mientras charlábamos sobre temas intrascendentes. Aún recuerdo su capacidad para hacerme reír. Desde ella, nunca he visto a nadie con esa habilidad.

Ese mismo día fui al colegio, como era costumbre. Por ese entonces, mis únicas preocupaciones escolares eran tener más amigos que nadie. Ojalá en ese momento hubiese sabido lo que significaba verdaderamente la amistad. Al salir de clase, mi abuelo me estaba esperando. Como todos los días, me recogía del colegio y me llevaba a dar una vuelta al parque, antes de llevarme a casa una vez que mis padres ya habían vuelto del trabajo. Allí me contaba batallitas de cuando él era joven. Aún recuerdo la de ese día:

- Miguelín , siéntate conmigo en este banco.- me llamó cuando yo estaba entretenido tratando de trepar un árbol. Me acerqué corriendo y me acurrugué a su lado, preparado para escuchar el relato de mi abuelo.- La historia de hoy pasó hace mucho tiempo, tanto que la estoy empezando a olvidar.- susurró.

Así comenzó su historia. Versaba sobre un viaje a Lisboa que había hecho cuando apenas era un jovencuelo. En este caso, el relato tenía un matiz alegre pero, a lo largo de los años, mi abuelo, a su manera, me enseñó que el dolor es un arma peligrosa ya que, por muchos años que pasen, nunca desaparece, sino que se agarra en lo más profundo de las personas, en sus recuerdos; y les da la falsa ilusión de que ha desaparecido para atacar en su momento más débil.

Al llegar a casa, vi a mi padre llorar por primera vez en su vida. Le habían despedido del trabajo. Este hecho fue el que cambió mi vida y la de mi familia para siempre. Mi padre se sumió en una

- Estupendo- contestamos mi padre y yo al unísono.

Mi madre se levantó del sillón y dejó el libro sobre la mesa central. A continuación, se estiró mientras nos miraba fijamente. Cuando gran parte de sus huesos habían chascado mientras que se colocaban, nos sonrió:

- ¡Arriba! Vosotros dos, id poniendo la mesa, yo me encargo de la pizza.

La cena transcurrió entre conversaciones y risas, aunque más apagadas que de costumbre. Cerca del final, mi madre fue a servirse una copa de vino cuando se dio cuenta de que la botella se había acabado. Miró a mi padre de manera acusatoria:

- A ver si un día me dejas algo de vino, que te lo bebes todo.- se le olvidó imprimir un deje irónico.
- ¿Me estás llamando borracho? Si tú eres la que más bebe. Yo solo me he tomado una copa- el tono de voz de mi padre empezaba a subir a pasos agigantados; sin control.
- Déjalo, que es solo una copa de vino. No te enfades.- mi madre trató de calmar el ambiente.
- Pero si eres tú la que has empezado. ¿Cómo quieres que no me enfade?- gritó él. La vena de la frente empezaba a marcarse por el enfado.

Al ver el tono que estaba empezando a tomar la discusión, opté por salir de la cocina e ir a mi habitación. Una vez llegué, me tumbé en la cama y me tapé los ojos con las manos. En ese momento me di cuenta de las lágrimas que cubrían mi rostro. Por mucho que me las enjugase, no dejaban de salir más. Era incapaz de asumir que mi padre no había cambiado desde ese día, sino que había ido a peor; hasta tal punto que se cabreaba por comentarios nimios como el de mi madre. Todo había sido una ilusión, una falsa esperanza.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, mi madre estaba sentada junto a mí, acariciándome el pelo. Tenía un gran hematoma cerca del ojo. Quise apartar la vista de ese pedazo de piel, pero una extraña atracción me lo impidió. En mis ojos debió de reflejarse una pregunta: ¿Por qué?

- Últimamente papá ha estado muy estresado por el hecho de que no encuentra trabajo y su único medio de liberar la tensión resulta que soy yo. -sus ojos se empezaron a humedecer- Sé que te preguntas porqué no le dejas, porqué no me voy. Cariño, es muy difícil. Le quiero tanto que me es imposible abandonarle en sus peores momentos. Él no es así y quiero creer que cuando todo esto acabe, él volverá a ser el de siempre, el hombre del que me enamoré. Cariño, no debes quedarte con sus actos, recuerda cómo era.

Siguiendo el consejo de mi madre, traté de pasar por alto los actos de mi padre. El único problema fue que se prolongaron demasiado en el tiempo y el recuerdo iba difuminándose. La ira de mi padre crecía por momentos y la que salía peor parada era mi madre. La pobre parecía un muerto andante, llena siempre de moratones y, a pesar de ello, no se planteaba divorciarse, siempre por amor, a pesar de que posteriormente se uniese también el miedo a las posibles represalias que podían surgir.

Un día, unos cuantos meses más tarde, cuando llegaba del parque solo, pues mi abuelo se negaba a ver a su hija sufriendo, no salió nadie a abrirme la puerta así que saqué las llaves y abrí lentamente la puerta. En la casa no se oían más voces que las del transistor de la cocina, seguramente dando alguna noticia sobre la corrupción; lo cual me sorprendió. En los últimos días siempre me recibían gritos denigrantes. Atravesé el descansillo y, antes de dirigirme a mi habitación algo llamó mi atención en la cocina. Instantáneamente, controlado por una fuerza superior a mi conciencia, fui hacia allá. Antes incluso de que me diese cuenta de dónde estaba, me agarré al marco de la puerta y

grité, grité con todas mis fuerzas. Mi madre, inerte y cubierta de sangre, yacía en el frío suelo de la cocina. Estrechado a ella estaba mi padre, también muerto, con un cuchillo en la mano. Corrí hacia mi madre y la abracé con todas mis fuerzas, deseando que reviviese, que me mirase y me sonriese, que me dijese que todo iba bien. A pesar de que tenía la visión emborronada, pude distinguir en el rostro de mi padre lágrimas ya secas.

- ¡Maldito seas! - le grité, aún sabiendo que no podía oírme- ¿No tuviste bastante con hacerla sufrir en vida?! ¿Por qué no te mataste tú solo en vez de llevártela contigo?! ¿POR QUÉ?!

Me derrumbé. El llanto apenas me permitía respirar. La idea de que mis padres ya no estarían más a mi lado por el egoísmo y posterior arrepentimiento de mi padre era insoportable. No tenía fuerzas para nada, ni siquiera para levantarme a por un teléfono. Me quedé en el suelo con ellos, maldiciendo a todo: a mi padre por lo que había hecho, a mi madre por no haberle dejado, a mi abuelo por no obligar a mi madre a irse, e incluso a la vida, por dejar que la gente pudiese porque, para mí, ese día perdieron la vida mi madre y mi padre, pero también murió ese niño que sufría con el dolor de su madre y que deseaba que su padre regresase. Desde ese día, me he preguntado si ese niño, de apenas nueve años, podía haber hecho algo para salvar a sus padres y, desgraciadamente, a día de hoy, todavía no he encontrado la respuesta.